

CUENTOS CASTELLANOS

En el convento de Santa Clara

(Escrito expresamente para CASTILLA.)

Alfonso Montellanos y Clarita Sanjuán, eran novios desde la adolescencia. Era uno de estos noviazgos de provincias que incuban al calor de los juegos infantiles, fomentan al calor de las relaciones familiares y acaban, en la generalidad de los casos, por un matrimonio ordenado y serio; sin ilusión y sin decepciones, normal, equilibrado, casi mecánico... Los novios de este jaez no se quieren con delirios de pasión, ni forjan castillos idealistas, ni se sueñan mutuamente; pero tampoco tropezarán en los escollos de un matrimonio fogsamente tramados y realizados: los choques de ambos idealismos, las decepciones inevitables, las «pequeñas miserias de la vida conyugal»....

A este sereno y puro término parecían caminar los amores de Alfonso Montellano y Clarita Sanjuán; a una realización feliz de los ideales de ambos, a una lenta y segura travesía por los mares del noviazgo, hasta atracar al puerto de refugio del matrimonio.... Estaba ya concertado entre las familias el plan; cuando Alfonso ganara las oposiciones de consulados que iba a efectuar en Madrid aquel año, se fijaría plazo para la boda. Y de que ganaba las oposiciones, todos estaban seguros, dado el talento y la aplicación de Montellanos y el lucimiento con que había cursado su carrera de Leyes.

Cuando Clarita no salía por las mañanas, uno de los placeres favoritos de Alfonso Montellano —mozo muy idealista y con ribetes de poeta—era recorrer la ciudad en busca de emociones psicológicas que iban en él siempre enlazadas con emociones de arte.... Se iba recorriendo el anchuroso perímetro de Burgoviejo—la melancólica ciudad—al azar de las revueltas calles, sin rumbo ni plan fijo, entrando con frecuencia en los conventos de monjas. El misterio de aquellas almas de mujer española, encerradas tras austeras celosías, tenía para él una atracción inefable. ¿Por qué complicada vía psicológica aquellas mujeres guapas, jóvenes, elegantes, pertenecientes a familias esclarecidas de la población, un día, despegadas del mundo,

querían penetrar en una de estas almácigas de virtudes que se llaman los conventos? ¿Qué secreto e inefable llamamiento del Esposo Divino la llevaba hacia allí?

Recordaba casos de muchachas conocidas que habían penetrado en alguna de estas clausuras: Lolita Villares, que estaba ahora en las Concepcionistas, y que había sido una de las bellezas deslumbradoras de la ciudad. La evocaba en los bailes del Casino: morena, esbelta, flexible, tipagitanado y bien español, con los ojos llameante de las mujeres de Goya y de Zuloaga, con la palidez mate de las Duquesitas del Buen Retiro, con una boca deliciosa de trazo y de encendido.... De prosapia noble, la más egregia entre las pocas

familias linajudas de la ciudad, hija segunda de la Marquesa de Caballeros de Mérito, con unos bien saneados miles de duros para dote, codiciada por los más gentiles mozos de Burgoviejo, había sabido hacerse: todos agradable y no se novia de ninguno.

Cuando notaba con su claro talento, que la declaración de amores iba a estallar, detenía la conversación a punto y sabía agradar sin acceder y decir finamente que no podía escucharle sin rehusar de plano y secamente.... Por deberes de familia, por imposiciones sociales, iba a todos los bailes a todas las *soirées*, a todos los espectáculos. Mas a

que la observara atentamente, no podía escaparle que en el fondo de su alma había un secreto dormido, el aroma de un vaso vacío que nada ni nadie podría llenar, una inflexión de voz doliente a ratos que revelaba un dolor agudo y secreto.... ¡Qué silencios a veces tan expresivos y atormentadores en aquella conversadora amena! ¡Qué miradas perdidas en la lejanía, en lo desconocido, podían sorprenderse a veces en aquellos ojos negros!.... Y un día, sin comunicarlo a nadie, más que a su madre, un buen día de verano, entró de novicia en el sombrío convento de la calle de Villafañe.... Pocos días antes estuviera en el baile de casino, deslumbrante, magnífica, codiciada de los hombres y envidiada de las mujeres.... Y como esta adorable Lolita, tantas otras niñas bonitas de la ciudad, que habían sido monjas sin que ningún Hamlet les gritara: «Vete a un convento, Ofelia».... Una mañana, al azar de sus paseos solita-



Andrés González Blanco.